

de buena política; porque prescindiendo de que la Francia había contribuido más que la Inglaterra a la toma de Sebastopol, empezaban con esta toma las divergencias entre los intereses de estas dos naciones. No pudiéndose lisonjear los ingleses con la esperanza de quedarse ellos solos con Sebastopol, lo cual, sin embargo, no sería del todo imposible en alguna época futura, la destrucción de esta fortaleza marítima entraba decididamente en el interés de Inglaterra; pero en aquellos momentos Inglaterra no podía hacer oposición a la Francia en tales asuntos, de suerte que el consejo de ministros de Londres, no solamente admitió como bueno el plan de Napoleón, sino que lord Palmerston hasta le calificó de admirable; y desde entonces quedó mucho más justificada la antigua idea de Napoleón III de ocupar a Simferopol, con la cual tanto había molestado a Pelissier. Mas adelante, sin embargo, se manifestaron las verdaderas intenciones de Inglaterra con la mayor claridad cuando insistió en la destrucción de cuanto había quedado entero todavía en Sebastopol, consiguiendo que fuesen volados los fuertes de Nicolás y de Alejandro y los cuarteles, y que se destruyeran igualmente los muelles con sus diques admirables.

Pelissier, que después de la toma de Malakoff había recibido el bastón de mariscal, concedido igualmente a Canrobert y Bosquet, y que obtuvo además el título de duque de Malakoff, manifestó su convicción de que la continuación de los aliados en las posiciones conquistadas vencería a los rusos con más seguridad que ataques atrevidos; y mientras que Niel continuaba como antes siendo partidario de operaciones ofensivas ulteriores, solo quiso consentir en un aumento de la guarnición de Eupatoria y en un cambio de posición a orillas del Chernaia, todo lo cual tenía un carácter más defensivo que ofensivo.

En Inglaterra no estaban conformes con la opinión de Pelissier, y se deseaba una rápida expedición contra Cafá y la toma de los almacenes de Carasa-bazar, al Nordeste de Simferopol; mas el mariscal Vaillant se opuso con decisión a la conquista de Carasa-bazar, y la expedición contra Cafá fué rechazada por un consejo de guerra que se celebró en la misma Crimea. El general Allonville, que mandaba los refuerzos destinados a Eupatoria, sorprendió en 29 de setiembre al general Korff cerca de la aldea de Kanhil y le derrotó, quedando en poder de los franceses 160 prisioneros y 250 caballos. Después fué aumentada la fuerza de Allonville con toda una división de infantería francesa y una brigada de caballería.

Conforme a los planes de Napoleón III, los ejércitos aliados recibieron tanto de Londres como de París la orden de apoderarse de Kinburn, situada en la desembocadura del Dnieper. Esta fortaleza y las fortificaciones de Orchakoff, situadas enfrente, defendían el golfo en el cual desemboca, además del Dnieper, el río Ingur. Fué encargado de la expedición el general Bazaine, a cuyas órdenes se hallaban la brigada Wimpffen y la inglesa de Spencer. Estas brigadas reunidas contaban 8,500 hombres, que fueron embarcados en buques mandados por los almirantes Bruat y Lyons, los cuales habían mandado también los buques que llevaron la expedición al mar de Azoff. Esta vez los dos almirantes tomaron sus disposiciones para hacer creer a los rusos que la nueva expedición se dirigía contra Odesa. Después de un desembarque muy trabajoso abrieron el fuego sobre Kinburn el 17 de octubre, y habían empezado a abrir trincheras cuando a las cuatro horas y media de fuego se rindió el general Kohanowitz, comandante de Kinburn, y el comandante ruso de las fortificaciones de Orchakoff las voló. Los aliados, dueños ya de Kinburn, dejaron allí una pequeña guarnición y una sección de buques.

Alejandro II, que dominando su pesar y decepción se había trasladado a Nicolaieff y de allí a Crimea, trató muy benignamente, siguiendo el ejemplo de su padre, a sus generales infortunados, y en especial al príncipe Miguel Gortschakoff, y publicó una orden del día dirigida a éste y redactada en términos a propósito para sostener el valor del ejército ruso. En Nicolaieff se había discutido en presencia del emperador la cuestión de abandonar completamente la Crimea, a lo cual se dispuso Gortschakoff con gran decisión, lo que le honró mucho; pero a pesar de esto, en 8 de enero de 1856 fué nombrado en lugar suyo el general Luders general en jefe del ejército del Sur y de todas las fuerzas terrestres y marítimas de Crimea, pasando Gortschakoff a encargarse del mando en jefe del ejército del Oeste.

El gobierno inglés sustituyó con el general Codrington al general Simpson, que había sido infortunado en el ataque del gran Rediente. Para hacer entrar a Napoleón III en las ideas del gabinete inglés, pasó el duque de Cambridge a París y se alojó en las Tullerías. Su misión era proponer que fuesen llamados a París los generales en jefe de los ejércitos y escuadras de Crimea para celebrar un consejo de guerra general en el cual se discutiría el plan ulterior de campaña. El emperador francés estaba ya a punto de acceder cuando su ministro de la Guerra, lleno de indignación, le observó que al aceptar la idea inglesa manifestaría a los ojos del mundo entero su indecisión después de la victoria. Le parecía más prudente enviar a Crimea una persona a propósito, que en su opinión podría ser el mismo duque de Cambridge; mas esto no gustó al emperador, el cual al rechazar la idea quizás obedeció a alguna reminiscencia de su proyectado y no efectuado viaje a Crimea.

El tiempo probó la razón que había tenido Pelissier para oponerse a los planes de Napoleón III, que quería a la sazón que se ocupara la orilla izquierda del Dnieper y se continuara allí hasta que los rusos hubiesen evacuado la Crimea, ó de no hacerlo así que se tomara a Nicolaieff. Aunque no fuese por otras razones, no había que pensar en semejante empresa, contra la cual se opuso también Pelissier alegando consideraciones puramente territoriales, y en cambio propuso que los franceses ocupasen solos la península del Quersoneso, cubriendo los piemonteses a Balaclava, conservando los ingleses en unión con los turcos la plaza de Kerch y marchando el resto contra Cutais y Tiflis. Mientras la Rusia estuviese de esta manera bloqueada debía revolucionarse la Circasia, defenderse la frontera turco-asiática y amenazarse a la Rusia en su frontera persa. A este proyecto contestó Vaillant que la Inglaterra jamás accedería a semejante separación de fuerzas; que pedía una indemnización en la misma Crimea y que él comprendía perfectamente este deseo.

Durante estas negociaciones estériles, aunque instructivas para la historia, la Francia y la Inglaterra continuaron aumentando sus fuerzas en la Crimea en lugar de disminuirlas. El ejército francés recibió una dozada división, con la cual llegó su fuerza en otoño de 1855 a 147,000 hombres, siendo su material de guerra propio, junto con el conquistado a la Rusia, verdaderamente inmenso, de lo cual puede formarse una idea sabiendo que en un solo punto, en el llamado almacén de los Molinos, volaron en 15 de noviembre por un motivo inexplicable 50,000 kilogramos de pólvora, 4,000 proyectiles, 600,000 cartuchos y otro material de guerra, y gracias que una torre vieja de las inmediaciones resistió merced a sus gruesos muros, porque contenía doble cantidad de pólvora. En esta ocasión fueron muertos y heridos un grandísimo número de soldados y oficiales franceses é ingleses.

Omer-Bajá, que como dijimos en su lugar había pasado a Constantinopla con el deseo, fuese por ambición ó por otro

motivo, de ir al auxilio del ejército turco en Asia, consiguió su propósito; derrotó junto al río fronterizo Ingur a un cuerpo ruso de 10,000 hombres y pasó luego el citado río. Pero al llegar cerca de Cutais se vió obligado a retroceder ante las fuerzas rusas. El general Murawieff se había propuesto conquistar a Erzerum, pero se dirigió al fin contra Kars. En esta plaza se defendió heroicamente el general turco Williams, de origen inglés, al cual no pudo socorrer Omer-Bajá; por manera que la guarnición, no pudiendo resistir por más tiempo el hambre, se rindió con su comandante en 28 de noviembre al general Murawieff. Esta victoria, la única de resultados positivos que los rusos obtuvieron durante toda la guerra, hizo más accesible al gobierno ruso a las negociaciones de paz, si bien contribuyeron a este espíritu conciliador algunos otros acontecimientos diplomáticos, entre ellos el tratado de alianza defensiva firmado el 21 de noviembre de 1855 entre Francia é Inglaterra por una parte y la Suecia por otra contra la Rusia. En este tratado las citadas potencias garantizaban la integridad del reino sueco, y su objeto fué explicado a las demás potencias en un despacho del ministro sueco del 18 de diciembre. El gobierno sueco no quiso entrar en otros pactos, para los cuales se trataba de enviar a Estokolmo al general Canrobert (1). También se entablaron negociaciones con Dinamarca, pero fracasaron. En vista de este fracaso, Napoleón III dió esperanzas a la Prusia de adquirir el ducado de Holstein; pero la Prusia no quiso entrar en tratos con la Francia sobre este asunto.

En el año 1855 llegó a su fin una de las guerras más sangrientas de los tiempos modernos. «La historia nos enseña que los escitas, de los cuales descienden los sármatas ó eslavos, habitaron la península táurica, la actual Crimea; y este pueblo desde los tiempos más remotos era conocido como enemigo de todos los pueblos más civilizados, habiéndonos conservado los poetas griegos respecto de esta enemistad la hermosa leyenda de la milagrosa salvación de Ifigenia en la Táuride, donde se practicaban sacrificios humanos.» Esta costumbre bárbara expuso a la sacerdotisa de Diana al peligro de matar a su hermano, lo cual simbólicamente figuró la guerra fratricida en el concepto de que todos los hombres son hermanos. La guerra reciente de Crimea ha sido otro sacrificio humano, pero más milagroso que el de Ifigenia, porque tuvo por resultado el vencimiento del antiguo espíritu escita, que dominó en aquel país muchos miles de años.

## CAPITULO XIX

### LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

Disposición pacífica en Francia y Rusia. — Negociaciones oficiales y extra-oficiales. — La Francia quiere ventajas especiales para sí en caso que la guerra continúe y pretende restablecer por lo pronto la Polonia en los límites de los tratados de 1815. — Los papeles del conde de Morny y del barón de Seebach. — El ultimatum franco-austriaco y las modificaciones hechas en él. — Misión del barón Seebach en San Petersburgo. — Contra-proposiciones de Rusia, a las cuales contesta el Austria con la ruptura de las relaciones diplomáticas. — Las proposiciones de Seebach son rechazadas también por la Inglaterra. — Reflexiones convincentes de Federico Guillermo IV para inducir al emperador Alejandro al restablecimiento de la paz. — Se resuelve la paz en un consejo extraordinario de la corte de San Petersburgo. — Constitución de este consejo imperial. — Espíritu belicoso en Inglaterra en vista de la aceptación del ultimatum por la Rusia y aumento de las exigencias de lord Palmerston. — La Rusia cifra toda su esperanza solo en la generosidad de Napoleón III y propone para las conferencias la ciudad de París. — Descontento de Cavour.

A pesar de la diversidad de intereses entre las diferentes

(1) Sobre las relaciones que existían entre la Rusia y la Suecia y en general la Escandinavia, véase la obra de G. Lallerstedt: *La Scandinavia, sus cráintes. et ses espérances*, París, 1856.

potencias, hubo después de la caída de Sebastopol un cambio general de opinión en favor de la paz. Durante la guerra misma se había podido observar que entre rusos y franceses no existía verdadero odio, pues en ambas naciones, tanto en los campamentos como en los círculos diplomáticos y políticos, existía una especie de convicción de que Rusia y Francia enfrente del poder inglés eran en el fondo amigas; y de que si la Rusia, apoyada por la neutralidad de Francia, podría aniquilar a la Turquía, en cambio podría facilitar a la Francia el aumento de su territorio a expensas de Alemania. Al lado de las negociaciones oficiales había otras extra-oficiales. En todas figuraba Napoleón III en primer lugar, queriendo por una parte continuar fiel a la alianza hecha con Inglaterra, y por otra alcanzar ventajas especiales si la guerra continuara, pues que en este caso tendría la Francia que aprontar más tropas que Inglaterra, sin que Inglaterra quisiese por esto concederle ventajas especiales. Ya cuando Drouyn de Lhuys estuvo en marzo de 1855 en Inglaterra para concertar las condiciones de paz, había propuesto el restablecimiento de Polonia, idea entonces todavía muy popular en Francia, si bien solo dentro de los límites de los tratados de 1815, sin considerar que este restablecimiento provisional había de ser un cáncer inoculado en tres grandes monarquías. Hay que tener presente que los polacos habían ofrecido el trono de su país a Luis Napoleón durante su sublevación en el año 1831. La Inglaterra vió en la citada pretensión una contradicción con el deseo de atraer a la alianza anglo-francesa a los gobiernos de Austria y de Prusia, en el caso de que fracasaran las negociaciones de paz, y en virtud de esta consideración desentendiéndose del restablecimiento de Polonia. Por una coincidencia singular, el sucesor de Drouyn de Lhuys en la embajada de Londres, el conde de Walewski, que justamente era hijo natural de Napoleón I y de una condesa polaca, propuso de nuevo al gobierno inglés el restablecimiento de Polonia, lo cual acalló quizás las reflexiones políticas respecto del Austria. La negativa repetida de Inglaterra de prohibir semejante restablecimiento inclinó el ánimo de Napoleón III más que nunca a favor de la Rusia, a pesar de que la corte rusa no había podido ver con buenos ojos la pretensión fracasada del emperador francés en favor de la Polonia. A pesar de esto las circunstancias obligaron a la Rusia a reconocer en Napoleón III un salvador, y de esta situación humillante se vengó después cuando la guerra franco-alemana.

El gabinete de San Petersburgo no quiso ser el primero en hacer proposiciones de paz, por un orgullo muy natural en una potencia tan grande, cuya situación calificó Gortschakoff diciendo muy acertadamente que en este asunto la Rusia hacía el papel de muda, pero no de sorda. Los agentes extra-oficiales en la corte francesa eran en el asunto de la paz el conde de Morny y el embajador de Sajonia en París el barón de Seebach. Morny era hermano político de Napoleón III, y por haber hecho el papel más importante en el golpe de Estado el emperador tuvo la imprudencia de permitirle llevar en su escudo de armas una hortensia. Este hombre había aprovechado su posición en el gobierno para toda clase de juegos de bolsa y otras especulaciones; así es que con estas mismas intenciones procuró cuanto pudo reunir en sus manos los hilos de las negociaciones pacíficas. Hombre poco escrupuloso, no titubeó en hacer traición a Inglaterra, y hasta a toda la empresa de la alianza, que tantos millones y vidas humanas costaba; y con la mayor tranquilidad dió a entender al príncipe Gortschakoff que en el fondo no existía odio entre Francia y Rusia, y que ambas, de continuar la guerra, solo podían salir perdiendo y trabajarían únicamente en beneficio del Austria. En su conse-